

XVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C.

Padre Julio González Carretti O.C.D

Lecturas bíblicas

a.- Gn. 18, 20-32: No se enfade mi Señor, si sigo hablando.

En la primera lectura, encontramos el regateo de Abraham con Yahvé, para salvar a hombres y mujeres de la ciudad de Sodoma, de la inminente destrucción. Sodoma estaba en el territorio que Lot había elegido para sí, al separarse de Abraham (cfr. Gn. 13,10ss), pero la separación sólo es física, porque esto es lo que más une a su sobrino, por esa tierra. Este pasaje viene inmediatamente después de la manifestación de Mambré, cuando los personajes de la teofanía dirigen sus pasos precisamente a Sodoma, mientras Yahvé, le plantea a Abraham el problema de la ciudad (cfr. Gn. 18, 16. 22). Encontramos un monólogo de Yahvé, y luego un diálogo con el patriarca, donde se destaca la defensa de justos y pecadores, y la intercesión que hace Abraham ante Dios. El monólogo revela las intenciones de Yahvé respecto de Abraham, su función profética e intercesora, y en el diálogo, vemos esas funciones en ejercicio activo. En el monólogo, Dios se abaja hasta el patriarca, para revelar sus propósitos, aquí se abre a la plegaria del hombre. Es Sodoma donde Dios y Abraham se encuentran, mientras el primero quiere constatar la acusación que ha llegado a sus oídos, el segundo, se convierte en su defensor, aprovechando la oportunidad que Dios le ha concedido. Esta ciudad de Sodoma, representa la perversidad, la ciudad pecadora. Abraham, aparece como el padre de un gran pueblo, inicio de una bendición para todos los pueblos, intercede por un pueblo extranjero, no es el suyo, y al exigir justicia a Yahvé para ese pueblo, se convierte en modelo de oración, para pedirla a Dios siempre que sea necesario. El regateo sobre el número de justos para salvar a los demás, se consolida en dos principios: la justicia de Dios y la solidaridad de los justos con los pecadores. Si hay justos cuando Yahvé destruya la ciudad, su justicia para ellos, se convierte en injusticia, es decir, los pecadores arrastran en su suerte a los buenos. De cincuenta llega a diez justos y logra con su intercesión que una bendición de Yahvé salve a esa humanidad que estaba condenada a una maldición. Se hace realidad, aquello que en Abraham, son bendecidos todos los pueblos.

b.- Col. 2, 12-14: Os dio vida en Cristo, perdonándonos todos los pecados.

San Pablo, defiende su tarea de formación catequética en medio de los colosenses, frente a los que quieren introducir innovaciones filosóficas en la comunidad eclesial. El tono de Pablo, es el de un padre comprensivo, que los exhorta a seguir su camino de fe, tal como él se los enseñó. Cristo Jesús, es inicio y camino para llegar a la plenitud. Pablo no se opone a la visión filosófica del mundo y del hombre, sino que se parta de los "elementos del mundo" y no de Jesucristo. Estos elementos del mundo, eran seres superiores, semi-divinos que gobernaban la realidad humana y celestial. La adaptación judía, consideraba a estos seres, como ángeles guardianes de la Ley. Es un sincretismo, entre las ideas de la religión de los misterios y el judeocristianismo, la crítica de Pablo apunta a la idolatría, que poseen como

trasfondo: entre Dios y los hombres existirían unos seres divinos, que gobernarían como mediadores la acción de Dios sobre los hombres. Como judío no admite más que a Dios, como ser absoluto, y debajo de ÉL, todas son criaturas, y por lo tanto, manipulables. El hombre no se arrodilla más que ante Dios, Cristo es Dios, por lo tanto, en ÉL reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente (cfr. Col. 2, 9), es decir, en la realidad humana de Cristo, es donde se realiza el misterio de la Encarnación y Resurrección. En Cristo, se realiza la unión del mundo divino, al que pertenece por su ser preexistente y glorificado, y el mundo creado que asumió, directamente, la humanidad, e indirectamente, el cosmos, mediante su Encarnación y resurrección. Cristo Jesús, es la plenitud del ser. Se puede afirmar entonces que no hay mediadores entre Dios y los hombres, más que Jesucristo. Dios en la persona de su Hijo, después de hacerlo carne de pecado, sometido a la Ley, y un maldito por ella, suprime la condena contra el hombre, ejecutándola en ÉL; lo entregó a la muerte, clavando y destruyendo en ella, el documento de nuestra deuda y condenación. Despojados de su poder, los principados y las potestades de estos seres superiores, Cristo Jesús, con su resurrección, venció estos principados y potestades de seres superiores, y los agregó a su cortejo triunfal, y los mostró como derrotados.

c.- Lc. 11,1-13: El Padre Nuestro. Pedid y se os dará.

El evangelio nos enseña a orar a Dios como hijos que se dirigen a su Padre; se trata de la apertura del hombre al misterio de Dios que se revela con la instauración de su Reino. Las dos primeras peticiones, quieren la manifestación de Dios sobre la historia; la venida de su Reino es una manifestación de la santidad de su Nombre; se pide el pan cotidiano y el perdón, peticiones importantes porque el hombre es tentado de ahí la importancia de ser fortalecidos por la Palabra de Dios, el Pan eucarístico y la oración constante de la comunidad por todos sus miembros. Es la oración de Jesús y la Iglesia, del cristiano que abierto al Reino de Dios, confía plenamente la presencia salvadora de Dios. Pedir en la oración: "Venga tu Reino", es manifestación de un don de Dios para el hombre que queremos que actualice siempre, de ahí que esta oración tiene ese carácter familiar, personal al Padre. El Reino es don de amor y confianza, que el Padre ofrece a sus hijos. Pero además, el Reino es ofrecimiento de perdón de todos los pecados de parte de Dios para el hombre pecador, reconciliación de los hombres, hijos de Dios, entre sí. Sin este perdón mutuo, elevar a Dios esta plegaria se convierte en mentira. Esta oración nos enseña a descubrir cuanto ama Dios al hombre, de lo cual nace la esperanza en su bondad. La actitud del amigo que llama en la noche y del hijo que pide a su padre, son imágenes que el evangelista nos presenta la forma cómo debemos confiar en Dios. De la pobreza espiritual se eleva nuestra oración al Padre para pedirle por la vida de cada día y por permanecer en su Reino. "Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!" (v. 13). Con estas palabras el evangelista nos quiere decir que podemos pedir lo que queramos al Padre, para recibir siempre el regalo del don de su Espíritu Santo.

Aprendamos de Teresa de Jesús a pedir en el Padre Nuestro: el Pan nuestro de la Palabra y de la Eucaristía. "Pues visto el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene, y en su nombre y

en el de sus hermanos, pidió esta petición: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, Señor». Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello, y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir.” (CV 33,1).